

Alex Pler

**EL MAR LLEGABA
HASTA AQUÍ**

Primera edición: Enero 2015

ISBN: 978-1499209747

© Alex Pler, 2014

www.alexpler.com

Facebook: www.facebook.com/alexpler

Twitter: [@LeonardPler](https://twitter.com/LeonardPler)

Diseño de portada: Jose Soriano



1

NÁUFRAGOS

No podíamos escapar de la lluvia. Nos perseguía a todas horas, a todas partes. Por su culpa teníamos que colocarnos la capucha nada más salir de casa y entonces mis ojos se desviaban hacia la acera. Se quedaban allí anclados, viendo cómo el agua lamía el bordillo. Siempre un centímetro más arriba. A mis pies, los peces de colores aprovechaban la corriente para besarse en mitad de su búsqueda de migas de pan. Aunque estuvieran atrapados, era una imagen bonita. Claro que solo yo me fijaba en aquellas cosas.

—Tranquilo. Algún día dejará de llover, encontrarán la manera.

A Pedro le gustaba decirme eso. Al principio, al menos. Lo decía antes de perderse plaza abajo, donde dejaba de ser plaza y la riada se enredaba con los callejones del Born. En el último momento, como si hubiera tenido que pensárselo mucho, me tiraba de la manga. Forzándome más que invitándome a seguirle. Enseguida la soltaba y se alejaba. Y me dejaba a mí así, tambaleándome en nuestro portal. Encallado entre dos fotografías: el que no se mueve y el que se lanza a la aventura. Yo no quería ser ninguno de los dos y por eso me olvidaba de los peces y me forzaba a sonreír. Por si Pedro se daba la vuelta. Quería que al menos me viera sonriendo. Que viera cuánto me fiaba de sus palabras, cuánto le creía a pesar de que miles de gotas estuvieran aplastándolo todo.

Pero él nunca se giró. Y yo un día dejé de creerle.

Un portazo, una maleta y un rellano. Así terminaban todas las historias. También la mía con Pedro. Lo más difícil, dejarle, ya estaba hecho. Con ese paso, empezaba un viaje sencillo: solo tenía que salir a la calle de nuevo y atravesar esa lluvia que no terminaría nunca. Llegar a alguna parte. Se escuchaba todavía el eco de nuestros gritos a lado y lado de la nevera, pero acabarían desapareciendo, lo sabía bien. Se evaporarían igual que los besos de buenas noches y las ganas de viajar, porque sí, en eso nos habíamos convertido Pedro y yo, al final, en una historia, otra más. Siete años de relación que en adelante se podrían resumir con un par de frases, antes de cambiar de tema.

Y ahora qué, me pregunté al mojarme.

Seguía preguntándomelo después, ya en Granada. Lejos de Barcelona, lejos del piso de Pedro. En la huida, solo mi maleta me había seguido. Me vigilaba desde un rincón de la habitación de hotel, ese hueco entre el armario y la pared que ni el mejor de los decoradores sabría cómo llenar jamás. Había tenido que encajarla ahí porque no cabía en ningún otro sitio.

Le di la espalda y descorrí las cortinas. Típico gesto de turista cogiendo fuerzas para empezar el día. Iba todavía en calzoncillos, algo anquilosado tras esa primera noche en una cama demasiado ancha. No sabía qué me iba a encontrar al otro lado de la ventana. Sentía tanta curiosidad como miedo. Quizá solo habría una pared de ladrillos o, con suerte, un balconcito con tiestos y geranios.

—Ya nadie quiere ir a Granada.

Eso había dicho el taquillero de la Estación de Sants. Allí no queda nada, añadió, la gente prefiere visitar otras ciudades antes de que estalle la tormenta. Casi le había creído. Pero en cuanto descorrí las cortinas y abrí la ventana, supe que me había mentado. Allí delante, dándome los buenos días, estaba la Alhambra.

Un pedazo de Alhambra, mejor dicho. Era todo lo que podía ver: media torre de piedra y parte de la muralla ocre. La

fortaleza asomaba entre todas esas casas blancas que el chubasco teñía de gris. Tan cerca estaba que me pareció irreal. De cartón piedra. Atrezzo demasiado obvio, igual que la Torre Eiffel en todas las películas que pasaban en París, como si París no fuera más que esa mole metálica emergiendo entre los edificios. No la había visto al llegar la noche antes; empapado como iba, solo pude fijarme en la puerta del hotel, el timbre, el mostrador.

Por fin entendía que me hubieran cobrado 140 euros por la habitación. Esas vistas bien lo valían, claro, pero por la mañana, ya seco, sin las mismas ansias por encontrar un refugio, no me entraba en la cabeza que hubiese pagado sin rechistar siquiera. Debería haberme escandalizado un poco; ofrecer, al menos, la tarjeta de crédito con dedos temblorosos. Con mi sueldo de teleoperador, a mí incluso los mileuristas me parecían ricos. Y peor iba a ser, a partir de entonces: Pedro ya no me ayudaría con el alquiler ni me invitaría a las palomitas del cine.

La mujer de recepción pronunció el precio como quien dejaba caer el típico nunca dejará de llover, eh, al entrar en el ascensor. No intentó justificarlo ni hacerlo más llevadero con una ampliación de su sonrisa. Con las uñas cortó el aire para indicar cada una de las casillas del formulario que tenía que rellenar.

—Aquí, aquí y aquí.

Era la dueña y me debía de considerar otro de sus clientes bohemios, esos que recalaban en el hotel para disfrutar de aquel paisaje y no otro. Se registraban a horas intempestivas, calados hasta los huesos, el pelo desordenado y húmedo; a cuestas, solo una pequeña maleta y el corazón roto, imprescindible para pintar una serie de cuadros trágicos. Sabía que pagaríamos lo que ella pidiera. Dejé de importarle en cuanto cogí la llave de mi habitación.

Aquel vestíbulo suponía todo un cambio tras el ajeteo de estaciones y tren. Había azulejos en las paredes; en un rincón, el siseo de una fuente. Hasta la llave tenía su encanto,

pulida y con el punto justo de óxido para que pareciera la llave de un castillo. Cada detalle me daba la bienvenida a una Granada de cuento, pero yo, en vez de sentirme acogido, conté de camino al ascensor todos los jarrones y estatuas a ambos lados, todas las cosas que podía romper.

—Cuidado con eso.

La frase estrella de Pedro. Jamás la usó al principio, cuando me invitaba a cenar y cada velada era romántica. El día que me fui a vivir con él, en cambio, la soltó en cuanto crucé la puerta. Con permiso, había dicho yo, un paso tímido en el recibidor. Y entonces golpeé algo con la mochila, sin querer, una mesita que nunca había estado ahí. Pedro gritó con tanta alarma que me giré como Neo de *Matrix*, abalanzándome ya hacia el buda de porcelana que estuviera cayéndose. No caía ningún buda, no había nada en peligro; sobre la mesita, descansaban sanos y salvos una bandeja de plástico para las llaves y un ejemplar atrasado de una revista de tendencias.

—Regalo de mi ex —dijo. Y no supe si se refería a la bandeja o a la revista.

Fue la primera de muchas veces que me sentí inferior, un polizonte en medio de aquel museo repleto de reliquias. Hiciera lo que hiciera, siempre estaría a punto de romper algo. Procuraba encender todas las luces y caminar a tientas, pero no bastaba. Tenía a Pedro siempre detrás. Era su piso y eran sus cosas, no dejaba de recordármelo. Cuidado con esto, cuidado con lo otro. Resoplaba en mi nuca, como cuando nos hacían escuchas en el trabajo para el control de calidad.

Por eso, cuando me fui, lo hice dando un portazo, de los que se te escapaban cuando había corriente, pero en este caso a sabiendas de la fuerza. Con toda la intención. Para dejar claro que no volvería. Dejármelo claro a mí mismo, más que nada. Deseé que se estampase todo contra el suelo: su colección de tazas, su estuche para las lentillas y sus figuras de Batman heredadas de un antiguo ligue, todos sus discos de Kylie, de la que se hizo fan gracias a un segundo amor inolvidable.

Ya en la calle, se me ocurrió la frase que debería haberle

soltado a Pedro. Que, como era su piso, podía metérselo por su culo. No tendría el mismo efecto si subía a decírsela ahora. Sonaría desesperada, una ocurrencia a destiempo; de hecho, lo era. Mejor esperar unos días. Para entonces, cuando volviera a recoger el resto de mis cosas, igual se me había ocurrido una frase mejor.

Me refugié en un portal de Drassanes. De noche, la zona me gustaba incluso menos que durante el día. Todo estaba sucio y el agua bajaba en tromba. Las hojas, los calendarios arrancados y todos los peces muertos que la lluvia arrastraba consigo: se precipitaban juntos al final de la calle, un último salto al vacío, como los Lemmings. Sentado como estaba, no podía mover el cursor por la pantalla para construir muros con los que detener a los animales suicidas.

En teoría, tenía que pasar la noche en casa de mis padres. Me habrían preparado, seguro, sábanas limpias en mi habitación de siempre, la de antes de Pedro, con los peluches y los pósters de películas ochenteras que nunca se reeditarían en Blu-ray. Aún no podía enfrentarme a todo aquello, tampoco darles explicaciones. Madre me lanzaría su mirada de te lo dije, aunque en realidad nunca me hubiera dicho nada. Ella adoraba a Pedro. Los domingos, cuando íbamos a comer, solo a él le daba permiso para repetir sus famosos fetuccini. Y me aterraba lo que pudiera preguntar Padre. Así que les mandé un mensaje. Que no se preocuparan.

Pensé en llamar a Verónica, pero ya era muy tarde y vivía muy lejos, no merecía la pena despertarla. Tampoco iba a llamar a Javi, claro; a estas horas, estaría dándolo todo en el podio de Arena o bien ensartado en una sauna. Tenía que empezar a asumirlo: ahora solo dependía de mis propios medios.

A lo lejos solo se distinguían las luces de algunos barcos a la deriva. Me concentré en ellas. Flotando en medio de aquella oscuridad, parecían estrellas. Intenté que su vaivén me ayudara a no pensar o, como mínimo, a tener un poco menos de miedo. Estuve mirando las luces hasta que desaparecieron.

Ya casi era de día. Tanto había crecido la corriente que

temí por mis zapatos, pronto se los llevaría junto a todo lo demás. Y descalzo, dónde iría. Así que reaccioné. Me puse en pie de un salto. No podía seguir allí. Eché a correr hacia el metro, correr hasta Sants, correr escaleras arriba, la maleta contra cada escalón, correr vestíbulo a través. Correr para sentir que sabía adónde me dirigía.

Pedí un billete, para el primer tren que salga, dije, y el primero resultó ser el de Granada, esa ciudad a la que por lo visto ya nadie quería ir. Tras la advertencia, el taquillero me sostuvo la mirada, convencido de que cambiaría de opinión. Le arranqué el billete de las manos y me alejé de él lo más rápido que pude.

Fui el único pasajero de todo el vagón. No había obstáculos en el pasillo, ninguna bolsa con la que tropezar, ningún niño llorando. Los televisores parpadearon para poner una antigua comedia romántica de Sandra Bullock que nadie miró. En algún momento, el revisor se asomó por la puerta, pero no llegó a entrar. No me habrá visto, pensé.

En mi iPod, sonaba *Hombres*. Fangoria siempre tan oportunos: “Hay hombres que ocultan la verdad, hay hombres que roban.” Me acurruqué en el asiento. El libro que llevaba para el viaje lo había comprado al azar y me daba cuenta de que también con un poco de mala leche: *El amor dura tres años*. Siete, en mi caso, pero se sentían igual de escasos. Tirados a la basura.

—Nadie aguantaría tanto si no es feliz —me había dicho Verónica, semanas atrás, en pleno gabinete de crisis—. Hubo cosas buenas, muchas. Has crecido con Pedro.

No la escuché. Necesitaba desapuntalar la magia, acumular motivos para el inminente portazo. Más adelante, suponía, me quedaría con todo lo que aprendí, los buenos momentos compartidos, pero ahora, huyendo en aquel tren vacío, pasé página tras página de la novela, y lo hice con rabia, casi arrancándolas. “Hay quien no tiene suerte y prefiere engañarte, sabiendo lo fácil que resulta ganarte.” Había aprendido la lección. No merecía la pena confiar en los hombres, no lo haría más, no

me volvería a ocurrir. Me lo juraba y perjuraba. Cada ruptura tenía que ser la última piedra, no otra más en una interminable playa rocosa.

Volvía a sonar Fangoria. En bucle. Lo había cargado mal, el iPod. Por eso no llevaba más canciones. Fue un regalo de Pedro y durante los primeros días ni siquiera lo utilicé, me sentía culpable porque yo jamás podría regalarle algo tan caro. Después, nunca me esforcé en aprender a actualizarlo. Lo desenchufaba antes de tiempo. Pedro se ofreció a ser el encargado de renovármelo y en adelante, me tuve que conformar con llevar su música. Petardas inglesas, temas de Eurovisión, cosas que solo le gustaban a él. Pero nunca me quejé. Él habría aprovechado la ocasión para recordar lo cerrado de mente que era yo, siempre escuchando lo mismo.

El tren paró, uno tras otro, en pueblos donde no subía nadie, y en todos ellos sopesé apearme y dar media vuelta. Echaba de menos los susurros de Pedro, esos tan suaves cuando se enfadaba porque era demasiado listo para gritar. “Sabes que nunca me iré lejos de ti”, repetía Alaska en el estribillo. Sí, regresaría a Barcelona, escalaría hasta su rellano, desharía el portazo, me arrastraría ante Pedro una última vez aunque en realidad ya no quedase nada que solucionar.

Pero tal y como estaba previsto, el tren me escupió en Granada. Mis pies se hundieron en el agua negra que cubría el andén. Como pude, tomando impulso con los postes y las papeletras que salían a mi paso, avancé hacia la puerta de la estación. Unos bultos alborotaban el vestíbulo inundado. Daban bandazos con sus colas, tuve que esquivarlos. Casi en la puerta, los reconocí: eran peces y no encontraban la salida. De un expositor que flotaba cerca, cogí un mapa y los dejé atrás.

Ya en el porche exterior, apagué el iPod, enrollé los auriculares, lo guardé. Mi ritual previo a un saludo. No contaba con que esta vez no habría nadie a quien saludar. En Granada nadie me conocía. Ni rastro de Pedro sujetando un cartel con mi nombre, como cuando iba a recibirme al aeropuerto de la ciu-

dad donde estuviera de prácticas aquel verano. Ni rastro de Verónica, siempre puntual al recogerme en la parada de autobús de Cadaqués. Ni rastro tampoco de mis abuelos apostados junto a su viejo 600. Bienvenido, cariño, me besuqueaba mi abuela, he hecho rosquillas, toma.

Nadie.

Dos pasos más adelante, se distinguía la frontera entre las baldosas que el porche cubría y las que estaban siempre bajo la lluvia. Ahí empezaba una plaza que podía pertenecer a cualquier rincón del mundo; demasiado ancha, pensada para los coches, aunque a aquellas horas no circulase ninguno. Todas las calles que se alejaban de la plaza parecían iguales, ninguna llevaba a la Granada auténtica.

En fin, me dije, son solo dos pasos. Los di: uno, dos.

Me compraría un mp3 en cuanto volviera a Barcelona. Lo decidí en ese momento, entre un paso y el siguiente. Un aparato sencillo que pudiera renovar yo mismo. Lo llenaría con toda mi música, la que a mí me gustaba. Sentí aquella decisión como un pequeño triunfo, Napoleón reescribiendo la historia. Después tuve que colocarme la capucha, como siempre.

Hubo un chispazo. De repente, a lo lejos, una luz verde se movió entre los círculos rojos de los semáforos. Pensé que sería un taxi, aunque no tenía ni idea de cómo eran los taxis en esa ciudad. Un segundo después ya se había esfumado, pero supuse que si un vehículo circulaba por la zona, cerca habría civilización. Un punto por el que empezar a tirar del hilo. Fui hacia allí y enfilé una avenida infinita.

Tuve que tirar de la maleta, tirar y volver a tirar para que la corriente no la arrastrara cuesta abajo. Comprendí a Pedro cuando se quejaba de tener que cargar con dos maletas, la mía y la suya. Pero tampoco me dejaba ayudarle. Así demostraba que él era más fuerte. Y a mí ya me iba bien porque eso me daba libertad de movimientos; podía señalarle, de camino al hotel, todos los rincones que descubría: mira esa fuente antigua, mañana podríamos comer en la terraza de aquel restaurante, esta calle parece llena de tiendas bonitas. Pedro asentía

sin ver nada.

—Sigue caminando. Iremos el último día, si hay tiempo —y no lo habría.

Para Pedro no existían los desvíos. Preparar un viaje con él implicaba semanas enteras de preparativos, no se podía improvisar. Comparaba todas las ofertas según fechas y horarios. Rebuscaba por los estantes de Altaïr hasta dar con el mejor manual de conversación. Compraba dos guías de viaje: una de bolsillo y otra, más cara y más completa, que solo usábamos en casa. Con ella, decidíamos nuestra futura ruta, punto por punto. La marcábamos con bolígrafos de varios colores. Pedro lo reservaba todo y después me tocaba llamar cada lunes a primera hora para confirmar las reservas.

—Nunca se sabe.

Cuando por fin llegábamos al destino elegido, habíamos invertido tanto tiempo planificando el viaje que nos veíamos con la obligación de disfrutarlo. Había que correr de un objetivo marcado al siguiente, por orden, siempre sudando. Delante de cada monumento, Pedro me daba cinco segundos, y los contaba, para hacer la foto de rigor. La mayoría me salían movidas.

Tan previsor era Pedro que hasta llevaba un registro de hoteles de las ciudades que aún no habíamos visitado. También de Granada. Y gracias a eso, cuando ya temía por mi maleta, cada vez más mojada, reconocí el peculiar nombre de un hotel en cuanto lo vi anunciado. El llorón de agua. Camuflado entre las palmeras de la plaza, un cartel señalaba la dirección. Chateé hacia allí.

Registrarme fue fácil. La mujer de recepción ni siquiera protestó por no tener reserva. Subí y me relajé bajo el chorro caliente de la ducha. Por todo pijama, me puse una camiseta vieja de Madonna y unos calzoncillos, también viejos. La cama aguardaba en medio de la habitación. Era de matrimonio. Odié a Pedro porque incluso el final feliz de mi huida tenía que agradecerse a él. Pero el colchón era tan ancho que pude abrir brazos y piernas sin temor a derribar algo. También era mullido. Nada más sumergirme en él, me dormí.

Y más habría dormido de no ser por el rugido de una aspiradora. Se acercaba desde la otra punta del pasillo con la intención de derribar mi puerta. Aún era pronto, pero no me quedó más remedio que levantarme. Estiré los músculos y abrí la ventana. Ahora aquel trozo de Alhambra me saludaba desde el otro lado. Invitaba a salir y explorar a mis anchas unas calles que siempre pensé que recorrería con Pedro, cogidos de la mano.

Media hora después, dejaba la habitación con la primera excusa que se me ocurrió. Que esperaba otras vistas. A la mujer del mostrador no le dije la verdad: que no podía permitirme esos precios. Y que no había dejado de dar vueltas en mi trocito de colchón, el lado derecho, un tablón a la deriva sin nadie para equilibrarlo en mitad de la noche.

O que las sábanas me habían recordado a nuestra funda nórdica, la de Pedro y mía, cuando solo era azul y no tenía aún aquellas manchas blancas, apenas un par de píxeles muertos entre tanto océano. Casi invisibles, aquellas manchas, pero imposibles de obviar. Y suficientes para desatar una guerra.

Las descubrí una mañana cualquiera haciendo la cama. No eran mías, eso seguro. Yo me pajeaba en el baño. Más que dolor, sentí sorpresa por la habilidad de Pedro para cuadrar horarios. Qué listo era, qué planificador siempre: sabía en qué horas exactas yo no estaría en casa, y por lo visto, las aprovechaba para sus citas de internet. Me lo imaginé con una tabla de Excel, marcando en verde las franjas libres.

A partir de aquel día, ninguno de los dos quiso cambiar la funda. Él porque decía que era un coñazo y yo porque, si la cambiaba, estaría admitiendo que había detectado aquellas manchas. Después de tres semanas haciéndonos los locos, la funda se convirtió en una lámina crujiente, como el alga nori del sushi. Delia, la asistenta, acabó cambiándola por nosotros. Puso una que olía a suavizante y nos hacía sudar menos. Ni aun así nos libramos de una discusión.

—Está mal puesta. La has dejado toda arrugada por dentro, mira.

Le recordé a Pedro que era lunes, que hoy la cama la había hecho Delia.

—Qué raro. Con lo que le pago, y lo mal que lo hace todo. Podríamos apañarnos solos, te lo digo siempre.

Con lo de apañarnos solos se refería, claro, a que todo lo hiciera yo.

—No he dicho eso. No tergiverses, eh, que eso no lo he dicho.

Pero en el fondo lo pensaba. Que como yo pasaba más tiempo en casa, para compensar, tenía que encargarme de limpiar su mierda. La poesía del principio y el realismo sucio del final. Todos los te quiero desembocaron en discusiones acerca de sábanas mal puestas y cuartos de baño sin fregar.

En los inicios, cada cita había parecido un anuncio de condones. Nos comunicábamos a base de sexo, los enfados se diluían en cuanto nos quitábamos la ropa. Me apetecía follar a todas horas. Y a él también. Luego llegaron los exámenes y las prácticas y el máster y los trabajos de auxiliar administrativo. Teníamos menos tiempo para nuestros revolcones, pero hacíamos lo posible para mantener el deseo.

Cuando por fin me fui a vivir con él, aprovechamos para comprar una cama nueva. Me hacía tanta ilusión, mi primera cama de matrimonio, la nuestra además, que obligué a Pedro a dar mil vueltas por los pasillos de IKEA hasta decantarme por una. La misma que había visto al principio, pero quería estar seguro. Para montarla, comprobé cada paso como hacía de niño, la mañana de Reyes, con los castillos Lego.

La estrenamos con un polvo memorable. Después de tantos años juntos, ya no nos quedaban posturas por probar, y aun así agradecemos tener más espacio. Aquella noche, recién corridos, abrazados aún en la penumbra, mi oreja contra su pecho, durante ese instante de marea baja antes de levantarnos a por papel higiénico, me pareció evidente que jamás nos abandonaríamos. Tan seguro me pareció, tan escrito en piedra, que dejé de esforzarme. Para qué perder tiempo insinuándome, pasar

frío al desnudarme o tener que untarme de lubricante y ducharme después. Mucho más cómodo darme la vuelta cada vez que Pedro estirase la goma de mi pijama. Me escudaba en un estómago pesado tras la cena o demasiado alcohol. O falta de tiempo. Mejor mañana, decía. Nunca me faltaron excusas para no salir a navegar.

Entonces aún creía que podía compensar cualquier rechazo susurrándole guapo cada mañana, al despertarnos. Guapo. El hechizo perdió efecto enseguida, y Pedro dejó de volverse y mirarme con sus ojos legañosos. Se hacía el dormido bajo la almohada hasta que yo me iba.

Tenía claro que Pedro acabaría poniéndome los cuernos. Estas cosas siempre se saben. Luego dije que no me lo esperaba, claro, qué iba a decir. Pero lo sabía. Era evidente en las fiestas, por ejemplo, cuando el talento natural de Pedro para enlazar chistes lo convertía en el centro de atención, un Woody Allen mucho más guapo y algo más alto. Los hombres se arremolinaban a su alrededor, todos presumían de pectorales y bíceps. Reían a cada chorrada de Pedro. Algunos me miraban de vez en cuando, con disimulo, intentando recordar si nos habían presentado. En cuanto me descartaban como competencia, devolvían su atención a Pedro.

Cómo explicarles que a mí también me conquistó así. Que en las primeras citas, Pedro hablaba tanto que nunca necesité buscar palabras que sonaran interesantes. Me limitaba a escuchar, a comerle con los mismos ojos que ponían ellos. Las mismas poses insinuantes, manos que subían la camiseta y enseñaban ombligo casi sin querer. Y Pedro miraba, claro que miraba, de reojo, como quien no se da cuenta o no puede evitarlo, pero sus ojos brillaban y yo lo notaba. La forma en que él fantaseaba con el resto del cuerpo, lo que podría venir después.

Por no quedar como un paranoico, en esas fiestas me quedaba en silencio, sonreía a la nada, desde mi rincón seguía sorbiendo el azúcar que se acumulaba al fondo del mojito. Tan bien asumí mi papel de novio cero celoso que me negué a sumar dos más dos cuando, en pocos meses, su colección de calzoncillos se

duplicó. No hice preguntas. Firmé todos los paquetes certificados que llegaban de Aussiebum. Me imaginaba cómo le sentarían a Pedro esos slips tan vistosos y estilizados, todo lo que le marcarían. Y con eso me tuve que conformar, con imaginármelo, porque apenas se los ponía conmigo, ni siquiera presumía de ellos.

Yo, en cambio, seguía con los mismos calzoncillos desde hacía años. Los compré de rebajas. Pedro criticaba que la goma ya estuviera algo suelta, como también criticaba mi camiseta favorita. Me la ponía en todas las fiestas porque tenía un dibujo de un monstruo que sonreía y además era cómoda. A Pedro eso le traía sin cuidado, la despreciaba en público: siempre te la pones, tendrías que empezar a cuidarte un poco. Como me quería tanto, podía ser sincero y yo me dejaba despedazar porque también le quería. Solo a veces me atrevía a preguntarle por qué no me dejaba, si tanto asco le daba ya. En realidad pretendía forzar un piropo suyo, por pequeño que fuera. No lo conseguía. Me resignaba hasta el siguiente reproche que tuviera que hacerme.

Esgrimió esa misma sinceridad para reconocer que sí, que las manchas de semen eran suyas. Suyas y de otro. Detalló infidelidades, enumeró sus motivos. Lo solo que se había sentido. Las ganas de experimentar. Quise arañarle. Quise arrancarle las pecas de las mejillas, pero me limité a pestañear, como si le comprendiera. En silencio, hice recuento de mis desplantes. No habían sido tantos y sin embargo, ahí estábamos los dos, en un banco mojado del que parecía imposible levantarse. Necesité abrazarle una última vez pero ni siquiera eso sabía ya cómo hacerlo. Rechazo a rechazo, habíamos olvidado la manera de coincidir, de tocarnos.

—Todo el mundo lo hace —dijo Pedro—, todos menos tú.

Hablaba de canas al aire, de tríos, de intercambios de pareja. No hablaba del final. Me ofrecía la oportunidad de elegir. Aún teníamos tiempo. Y entre quedarme con todo aunque fuera a disgusto o quedarme sin nada, lo elegí todo. Ya se solucionará, pensé. Es un bache, algo temporal. Somos Pedro y Leo.

Todo saldrá bien. Sonreí, le di un beso como si besarnos volviera a ser lo más fácil del mundo.

Pero en adelante, cada vez que accedí a las peticiones de Pedro, renuncié también a mi idea de pareja perfecta. Me gustaba verle ilusionado, aunque fuera con los tríos y las aventuras, ver otra vez en su cara la sonrisa ancha de los primeros tiempos. Hice cuanto me propuso. A disgusto, pero lo hice. Mi última línea de defensa fue gritar. Por todo, a todas horas. No le dejé pasar ni una: unos espaguetis mal escurridos o una arruga en la camisa. Magnificaba esas cosas para no hablar de la fosa que estábamos cavando.

Y la gente le apoyó. Todos esos amigos que alardeaban de no tomar posiciones, después me miraban condescendientes en las fiestas. Deberías haberle hecho caso mucho antes, deberías haber follado más, o mejor. Ahora no te quejes. Yo me forzaba a contar nuestros escarceos entre risas, sin ahorrarme detalles porque no pasaba nada, era divertido, pero nadie me decía qué estás haciendo, para. Y yo necesitaba escuchar eso, que alguien me obligase a frenar en seco. Me había convertido en un kamikaze a punto de estrellarse. Pero todos seguían con sus copas y sus sonrisas de cóctel, mira qué modernos somos que hablamos de parejas abiertas.

A Verónica no le conté nada. A Javi sí, y solo él soltó algo sensato.

—Todo esto de los tríos es muy divertido. Siempre que las tres partes quieran.

Solté una risita, pero acabó llegando el día que me vi en el espejo del dormitorio, abierto de patas, con otro cuerpo que me aplastaba y Pedro muy lejos, en una silla, meneándose la polla por encima de sus calzoncillos nuevos de Aussiebum. No me miraba a mí, miraba al otro, que tampoco era tan guapo. Dejé que ese cuerpo extraño me besara. Que me follase un rato y se me corriera encima.

Luego, en vez de cenar con ellos, me perdí a solas por el laberinto de nuestro barrio. El frío del viento sentaba mejor que

cualquier ducha. Aquella noche, las calles de siempre las vi horrosas. Un pastiche de edificios en ruinas y fachadas reformadas, cubiertas de ventanales que se aguantaban en el aire como sonrisas falsas. Cuanto más intentaban renovarlo, menos acogedor se volvía el Born. Empezaba a dudar de si merecía la pena abrir paseos a costa de derribar casas.

Al volver a la plaza, encontré a una pareja que se juraba amor eterno por primera vez. Las cosas cursis de los adolescentes. Esa forma de cogerse dos manos que todavía no estaban acostumbradas a cogerse. Podría haber alargado la ruta, chico y chica podrían no haberse conocido, pero no, ahí estábamos los tres, justo delante del portal de Pedro. Si levantaba los ojos hacia la lluvia, vería la terraza desde la que tantas veces habíamos admirado aquella misma plaza. La barandilla donde Pedro se me había declarado. El chico me clavó sus ojos como si ese primer te quiero me lo dijera a mí, y fue entonces cuando algo en mi interior se reactivó. Un engranaje. Noté el chasquido. Yo quería aquello.

Entendí por qué, por más vueltas que diera en la FNAC, no encontraba nada que regalarle a Pedro por su cumpleaños, cuando otros años el problema había sido justo al revés, que se me ocurrían tantas cosas que tenía que seleccionar muy bien, y aun así siempre acababa gastando más de la cuenta. Ya no.

Nos lo habíamos cargado. Todo. Nuestra relación, el respeto mutuo, la confianza. Y ahora no había marcha atrás ni botón de rebobinado ni máquina del tiempo ni Delorean posible para ninguna de las pequeñas cosas en las que yo había cedido por Pedro. Porque en realidad no eran tan pequeñas. Sí, había sorteado las olas una a una, sin esfuerzo, pero en el viaje de regreso tendría que enfrentarme a un océano entero. Y no me quedaban fuerzas para eso.

Así que decidí romper con Pedro. Él se sorprendió. No lo había visto venir, tan perdido estaba admirando las pollas de otros. Lo que para él fue un hachazo y un final, para mí tendría que ser un principio. El único principio posible. Las ganas de hacer las cosas bien, en el futuro, con otra persona. Otro lienzo

en blanco. Y antes de eso, tendría que volver a valorarme a mí mismo. Con ese ánimo me alejé de él.

Pero costó dar pasos mientras Pedro observaba cómo se encogía mi espalda y los hombros amenazaban con temblarme. Y me daría la vuelta para alargar la despedida, repetir el último beso, lo haría si supiera que serviría de algo. Enfilé aquel pasillo, el de la muerte, escoltado por todos esos muebles a los que ya nunca volvería a quitar el polvo con miedo de romperlos. Tuve que aguantarme las ganas de mear porque sonaría ridículo pedir permiso para ir al baño en una casa que cinco minutos atrás también era la mía. Sí: costó mucho, pero caminé. Hacia adelante, hacia ese pomo que habría de salvarme la vida. Saltar por la borda sería la única escapatoria.

Bien agarrado a mi maleta, abandoné también el hotel de Granada. No me daba pena la dueña. Le tocaría quedarse tras el mostrador, a la espera del próximo romántico lo bastante loco como para recalar allí.

—Suba al Mirador de San Nicolás —dijo ella a mi espalda, cuando ya creía que no diría nada más—, no encontrará lugar con mejores vistas.

Me giré sorprendido. Con la uña, trazó una ruta en un mapa y me lo ofreció.

—Aquí. Suba, no se arrepentirá.

No lo cogí. Desconfiaba de ella. Eso no se lo dije, por supuesto. Me limité a enseñarle el mini-plano que había cogido la noche antes, en la estación. Entonces ella abrió un cajón y me tendió un paraguas plegable. Aunque me extrañaba tanta amabilidad por su parte, lo acepté. Me ahorraría aplastar el pelo con la capucha. Ella sonrió, dándose por satisfecha, y yo retomé mi huida.

El rellano, unas escaleras que bajaban, una calle desierta. Se extendía el empedrado a derecha e izquierda, bordeando un río. Encendí el iPod. Otra vez Fangoria: sospechaba que nunca me libraría de aquella canción. Siempre la asociaría a estos días. Me resigné, abrí el paraguas. Entre el mango, el mapa y la maleta no daría abasto.

Como pude, sorteé una riada que bajaba en tromba desde una pendiente. La ignoré y, siguiendo la calle principal, llegué a una plaza. Reconocí las palmeras y el letrero, pero estaba inundada. En el centro, varios chicos correteaban de un lado a otro. Iban disfrazados de piratas, obispos, médicos, alguno llevaba la máscara de *V de Vendetta*. Me extrañó porque era noviembre y todavía quedaba mucho para Carnaval. Algo buscaban: uno de ellos guiaba a sus compañeros mientras leía un papel en voz alta. Debían de participar en algún tipo de gincana.

Parecían tontos, dando tumbos por el agua de aquella manera. Pensé eso pero en el fondo sentí envidia: a mí nadie me había dado instrucciones. Yo no me adentraría en la plaza inundada, ni siquiera tenía intención de abrir mi mapa todavía, por miedo a que se mojara. Y tampoco sabía qué iba a hacer el resto del día. Qué vería, dónde comería.

Volví sobre mis pasos y solo encontré callejones sin salida, puentes rotos. Estaba atrapado. “Hay hombres que se ahogan.” Acabaría volviendo al hotel, Alaska lo sabía tan bien como yo. A cambio de aceptarme otra vez, la dueña me obligaría a suplicarle de rodillas. Y yo lo haría.

Poco antes de llegar, me fijé en un edificio distinto a los demás. La fachada no estaba pintada como el resto sino que tenía relieve, figuras y flores talladas en piedra. En lo alto del balcón, había una inscripción. Entorné los ojos para descifrarla: “Esperando la del cielo”.

Así estaba yo. Esperando que un milagro cayera del cielo. Y en aquel momento, algo me rozó el tobillo.

Un salmón. La cola de un salmón que remontaba la corriente. Iba rezagado, los demás peces ya escalaban la cuesta. De ahí venía la riada que había sorteado antes. Era, de hecho, el inicio de la ruta que me había señalado la dueña del hotel. Entre las hojas de una hiedra, distinguí un cartel: Mirador de San Nicolás. Y una flecha. Empujándome hacia el único camino que no había tomado aún.

Sin pensarlo, seguí a los salmones. Escalé como hacían

ellos. Las pendientes desembocaron en escalinatas y estas en cascadas. Esquivé palmones secos y pieles de naranja, luché para que el agua no me arrancara la maleta. Como Michael Jackson en plena coreografía, hiqué los pies, usé a mi favor el empedrado que me atacaba a través de los zapatos. Encontré fuentes que funcionaban para nadie y coches atrapados en callecitas que habían encogido. Desde alguna parte, se escucharon pasos y gritos. Los participantes de la gincana. Pero se evaporaron antes de que pudiera preguntarles si iba en buena dirección.

Me dolía el brazo, las rodillas, todo. El paraguas pesaba más tras cada gota que impactaba contra él, y eran muchas. En cierto momento, agotado, pensé en rendirme, dar media vuelta y coger el primer tren. Qué sentido tenía tanto esfuerzo para explorar una ciudad que no me importaba. Los salmones acuñaron a enredarse con mis piernas, tiraron de mí, me obligaron a continuar. Me dieron ánimos. Cada rellano se convirtió en una recompensa.

Y la canción *Hombres*, todavía en bucle en el iPod, adquirió un punto guerrero que me convenía. Ya no hablaba de derrotas sino de supervivientes. “Tienes que aprender a resistir, tienes que vivir.” Y con el subidón, aceleré el paso.

Y así alcancé el mirador. Mucho antes de lo que esperaba. Era una explanada con cuatro árboles. Como única compañía, algunas piedras asomaban la cabeza entre los charcos. Enfrente, al otro lado de la lluvia emergió la Alhambra, igual que las ruinas al fondo de un acuario. Al final sería verdad eso de que la Torre Eiffel se podía ver desde cualquier rincón de París: siempre la Alhambra en Granada. Supe que en el futuro, aunque aquel lugar acabara convertido en lago, habría más personas como yo, con ganas de viajar hasta allí, en barca si era necesario, y contemplar la ciudad desde las alturas.

Por curiosidad, recorrí con la mirada la ruta de mi ascenso. El reguero de casas blancas y farolas bonitas. Fue divertido jugar a unir los puntos de esos pocos lugares que identificaba. Entre palmeras y cipreses se alzaba el tejado azul del hotel y

cerca de él, un pedazo de la plaza inundada.

Cerca había una torre que terminaba en un altillo de madera. Una especie de cabaña en el árbol con las ventanas rotas y unas vigas que resistían a duras penas. Me gustaría pintar ahí, pensé. Llevaba meses sin hacerlo; puede que años, si me ponía a contarlos. Me escudaba diciendo que con Pedro era feliz y la felicidad no me inspiraba. A punto estuve de revolver la maleta en busca de un lápiz y un bloc. Quería abocetar algo, cualquier cosa, pero entré en razón. Ahora la lluvia emborronaría el dibujo. Tenía que ser paciente. Tenía que encontrar primero mi propio altillo de madera. Entonces sí, cada mañana me levantaría inspirado y no me costaría trazar paisajes llenos de historias. Estaría solo y no me importaría.

Pero no estaba solo. Lo descubrí al terminar la panorámica. En la explanada, los salmones avanzaban hacia una hilera de bancos y sentado en uno de ellos, había un chico. Aunque me diera la espalda, pude intuir parte de su cara redonda, la barba de dos días, la nariz respingona y los labios, de esos que entre beso y beso mordisqueaban un poco. “Hoy hay luna llena y un hombre camina por ella”, cantó Alaska en mis auriculares. Y después calló: al iPod no le quedaba batería. Tenía que existir el silencio antes de una conversación importante.

Algo hacía el chico con sus manos de dedos finos. Leer, quizás. Escribir en un cuaderno, componer música. Me lo imaginé artista, con su chaqueta de terciopelo color burdeos y aquel tupé al viento, como el de Tintín. Lo visualicé sentado en un café parisino, levantando los ojos para clavarlos en los míos. Acércate, diría él, qué quieres, en francés o cualquier idioma, y yo le entendería.

Aquí y ahora, en cambio, no me miraba. No me veía, ni siquiera sabía de mi existencia. Cómo es posible que no me vea, pensé, si yo le he visto a él. Si yo sí me he fijado y me gusta tanto. Llevaba gafas de sol: una antigüalla triste que en su caso me transmitió esperanza. Sin cambiar de postura, lanzó un trozo de pan al agua y entonces lo entendí: estaba dándoles de comer a los peces. Por eso viajaban hasta su banco.

Con miedo, enrollé los cascos, guardé el iPod en el bolsillo, di un paso hacia el chico. Mi bamba hizo estallar uno de los charcos. Los salmones huyeron en desbandada. Y como si hubiera pisado algún botón, algo se elevó a lo lejos, sobre la Alhambra. Primero un fognazo, pronto llegó el rugido y lo vi, por fin: un cohete camino del espacio. El destello metálico del fuselaje. Abrí la boca.

Me acordé del primero que había visto en mi vida, de pequeño. Mis padres me llevaron al parque de la Ciutadella a pasar la tarde. Alquilamos un bote. Puede que Padre me enseñase a remar justo aquel día, porque me había enseñado muchas cosas: a remar, a pescar, a cocinar pasta fresca, pero todo lo fui olvidando. El caso es que aquella tarde, atravesando el cielo encima de nuestra barca, vimos cómo despegaba un cohete. Incluso los cisnes del estanque irguieron el cuello para seguir su trayectoria. Salté para cogerlo con mis manitas, como si fuera un globo que se me escapaba. Por poco volcamos. Quiero ser astronauta, les dije a mis padres, y ellos sonrieron a medias, Madre me alisó el pelo, deprisa, mientras Padre recuperaba los remos.

En Granada no intenté coger el cohete. Llevaba vistos demasiados despegues frustrados, explosiones cuando todo parecía que iba a acabar bien. En vez de eso, soplé, soplé tan fuerte como pude, lo aventé con las manos, para darle impulso y evitar el desastre. Y no explotó. Tras un último empujón, el cohete salió a la atmósfera.

Solo quedó la estela de humo entre dos torres de la Alhambra. Por primera vez creí posible que algún día, dentro de mucho tiempo, parase de llover. Los atardeceres dejarían de ser una capa de cemento. El cielo recuperaría los tonos rojos, morados, naranjas, como en esas ciudades sin lluvia que evocaban nuestros abuelos.

Quise aplaudir, compartir mi euforia con el chico del tupé, pero ya no estaba. Sobre el banco, solo quedaban unas últimas migas de pan. Decenas de gotas se apresuraban en borrar la

silueta que había dejado él al levantarse. Los últimos peces boqueaban, desconcertados. Le busqué por el mirador y todavía pude ver cómo se alejaba más allá de los árboles. Caminaba ajeno a todo lo que no fuera él. Le admiré. La decisión de sus piernas, columnas en unos tejanos color mostaza. Un paso, otro, no dudaba, se le notaba feliz de perderse. Giró una esquina del laberinto y en un parpadeo, la chaqueta burdeos desapareció.

Tendría que haberle gritado hola, se me ocurrió después. No me sentí triste. Pensándolo bien, aún no estaba preparado para ver la cara del chico que sustituiría a Pedro. Era demasiado pronto. Pero como mínimo, ahora sabía que ese chico existía. Confié que tarde o temprano volveríamos a encontrarnos.

Aún sonreía embobado cuando me senté en la terraza de un bar que había a los pies del mirador, casi una extensión del mismo. Enseguida, el camarero me trajo una cerveza en un vaso de tubo y un bocadillo de jamón. No había pedido eso y no me gustaba desayunar salado, pero viendo aquel pequeño festín, mi estómago protestó y decidí hacerle caso.

Con el primer mordisco, noté todo el sabor del pan y el aceite de oliva y el jamón. Alcé la cerveza y brindé con la Alhambra. Cada sorbo me supo a gloria. Me merecía aquel banquete, ya era hora de mimarme un poco. Me dije que no me importaría que, en adelante, todas mis mañanas fueran como aquella. Era mentira, claro. El consuelo de las experiencias que sabía irrepetibles, tan valiosas por eso mismo. Aun así, confié haber ordenado, por un momento, mi vida.

Empezó a entrar gente y más gente en el bar. Ocuparon el resto de mesas de la terraza. Se quitaron los disfraces empapados, los cambiaron por ropa seca. No tardaron en aparecer más camareros y les sirvieron vasos de cerveza y patatas y aceitunas y tapas. De un manotazo, todos aquellos náufragos se apartaron el pelo que les tapaba los ojos y fue entonces, mirando al frente porque todo lo bueno lo teníamos justo ahí delante, cuando comenzaron a preguntar, comentar, dejarse llevar, atacar los platos y las bebidas, acariciar la mano que se posaba

cerca, aplaudir, señalar las próximas rutas, bailar por el entarimado entre plantas muy verdes, reír a carcajadas. La gincana había terminado y ahora yo era uno de ellos.

El más lento de los salmones saltó al llegar a mi lado. Él también quería disfrutar las vistas. Durante un segundo, dio la impresión de que aguantaría en lo alto para siempre. Brillaba húmedo y orgulloso. Como yo, había tenido que resistir al oleaje, cruzar mil ciudades, pelear, nadar contracorriente. Porque solo así se vuelve a la superficie. Donde siempre hay aire. No me alegraba de estar solo, pero sí me alegraba de haber sobrevivido.

Gracias por leer el primer capítulo.
Si te ha gustado y quieres seguir acompañando a Leo,
espero que te animes con el libro completo.

El mar llegaba hasta aquí
[Versión papel](#) / [Versión kindle](#)

También puedes compartir este capítulo.



Más información:

www.alexpler.com

Facebook: www.facebook.com/alexpler

Twitter: [@LeonardPler](https://twitter.com/LeonardPler)

